

COMO LAVAR LOS SELLOS

Los instrumentos del coleccionista



El coleccionista de sellos, como un ama de casa meticulosa, ha de tener sus días fijos para la colada. Los ejemplares nuevos (como veremos más adelante) se conservan intactos, con todo el elemento adhesivo que tienen en su reverso; los usados, en cambio, deben ser despegados de los sobres. Y para despegarlos es necesario «lavarlos». Sin embargo, y a diferencia del ama de casa, el coleccionista no puede usar detergentes; para su colada tan particular sólo utilizará agua purísima, en lo posible liberada de esas fuertes dosis de cloro que se inyectan en las tuberías de distribución de agua en las grandes ciudades. Se coge una fuente (bien limpia, por supuesto) y se la llena hasta la mitad de agua fría o tibia; por otra parte, ya se tendrán preparados los sellos que deben lavarse, es decir, que ya se habrá recortado de los sobres y de las tarjetas postales la superficie en la que estén aplicados, para lo cual se harán los cortes necesarios con una tijera

y a un centímetro de distancia de los sellos, aproximadamente. Esos trozos de sobres o tarjetas deben ser sumergidos en el agua y allí pueden permanecer por el espacio de una media hora. Después de ese lapso los sellos comienzan a despegarse por sí solos del papel al que estaban adheridos; entonces se los separará por completo de los fragmentos de sobres, uno a uno. En la fuente han quedado sólo los sellos, pero el agua ya no está limpia, porque en ella se ha disuelto la goma del reverso de los sellos. Aquí hemos llegado a la fase del aclarado: tiramos el agua sucia (poniendo atención para que no se lleve consigo algún sello) y la sustituimos con otra cantidad equivalente de agua, también fría o tibia. Si raspamos delicadamente con la punta de los dedos el envés de cada sello lograremos que desaparezcan los últimos residuos de goma; después cambiaremos el agua una vez más (esto no es estrictamente necesario).

Para despegar los sellos de los sobres se recorta el papel a cierta distancia del borde de los sellos; después se sumergirán los trozos en agua fría.

A continuación es preciso secar los sellos y en esta operación está incluida la del «planchado». Habrá que disponer de algunas hojas de papel secante y limpio (en último caso se puede utilizar papel de periódicos, siempre que se trate de ejemplares ya viejos, que no tengan fresca la tinta); se extenderán dos de esas hojas, una sobre la otra, en una mesa. Habrá que sacar los sellos del agua, uno a uno, y apoyarlos sobre el papel absorbente con la cara estampada hacia abajo. Al apoyarlos habrá que cuidar de que estén bien extendidos, sin arrugas ni pliegues. Convendrá colocar los sellos no demasiado cerca unos de otros; un centímetro es una medida aconsejable para esa separación.

Cuando el papel absorbente quede cubierto de sellos, lo cubriremos

Es oportuno lavar por separado los trozos de sobre de color (a la izquierda). Una vez que los sellos se hayan separado por sí mismos, habrá que disponerlos ordenadamente sobre un papel absorbente para que se sequen.



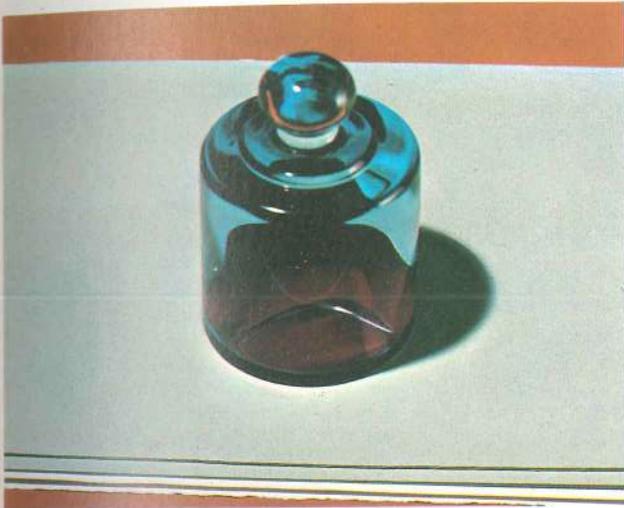
con otra hoja igual y pondremos encima un cartón de la misma medida; prensaremos todo apoyando un pisapapeles no demasiado pesado sobre el cartón.

La fase de secado y planchado dura un par de horas; pero en este punto de la tarea estaremos en libertad de dedicarnos a otras actividades, porque los papeles absorbentes, el cartón y el pisapapeles trabajan por sí solos. Incluso podremos dejarlos durante toda una noche; cuando levantemos el papel con que habíamos cubierto los sellos lavados, los veremos lisos y limpios, listos para coleccionar.

Algunas advertencias: el papel de algunos sobres es peligroso, porque destiñe al contacto con el agua y mancha indeleblemente los sellos. Los sobres más temibles son los de color anaranjado, muy comunes en los envíos comerciales. En estos casos, antes de comenzar el «lavado», es necesario apartar los trozos de esa clase y lavarlos por separado. Para estos sellos se utilizará

agua más bien caliente, que disuelve la goma con mayor rapidez, y no se dejarán los sellos ya separados del trozo del sobre en el recipiente: es preciso controlarlos constantemente y separarlos tan pronto como sea posible. Un segundo peligro está representado por los matasellos o inscripciones hechas con lápices de tinta o bolígrafos, que también originan manchas. Algunos países, como Australia y Holanda, engoman sus sellos con una sustancia de gran dureza; cuando todos los demás ejemplares que se hallen en el recipiente se hayan separado de los trozos correspondientes del sobre, y estén listos para el aclarado, es probable que los sellos austríacos y holandeses todavía estén pegados. Para que se despeguen mejor es conveniente agregar un poco de bicarbonato al agua. Todos los coleccionistas lavan sus sellos; sin embargo, al hacerlo, corren el riesgo de destruir algún pequeño tesoro. En algunos casos el sello matase-

llado tiene un valor mayor si se conserva junto con todo el sobre en el que se ha usado. Como precaución conviene lavar sólo los sellos de emisión reciente; si tuviéramos la fortuna de hallar alguna carta menos moderna o incluso «clásica», será mejor dejarla intacta y mostrarla a algún filatelista más experto para que nos diga si conviene o no lavarlo. Otra regla que se debe observar es la siguiente: si el sello está anulado con un matasellos que tiene un aspecto un poco distinto del habitual, será mejor no cortar el sobre sin haber consultado antes a algún entendido. No hay que ser reacio a pedir consejo a quien tiene más conocimientos, porque esa persona, sin duda, tendrá mucho gusto en responder a las preguntas y, al cabo de pocos meses, las respuestas obtenidas representarán un aumento de la experiencia y de la cultura tan importante que permitirá, en el futuro, adoptar decisiones sin requerir consejo previo.



Pero volvamos a nuestros sellos lavados, que habíamos dejado con el anverso hacia abajo, secos y bien lisos sobre el papel absorbente. ¿Qué hacer con ellos? Ante todo les daremos vuelta y separaremos los ejemplares «repetidos» de los que aún no teníamos en la colección. Para clasificar estos últimos habrá que seguir algunas reglas de las que hablaremos más adelante, pero no se debe pensar en deshacerse ni siquiera de los «repetidos». Para guardarlos, lo mejor es meterlos en sobres de papel transparente, que luego se alinearán ordenadamente en una caja. Este mismo tratamiento se aplica también a los ejemplares que no estén «repetidos» pero que no correspondan al tipo de colección que se ha elegido; unos y otros nos serán muy útiles cuando lleguemos a ser coleccionistas experimentados. Incluso podríamos llegar a advertir que algunos de esos sellos a los que creíamos «repetidos» son distintos de los sellos que ya teníamos.

Para completar la operación es preciso extender otra hoja de papel absorbente sobre los sellos y prensar ligeramente, valiéndose de un cartón y un peso. A la derecha: una simple serie de sobres constituirá un sistema óptimo para un primer ordenamiento.

Abajo: Uruguay, 1860, un ejemplo de sello usado que vale mucho más si se conserva junto con el sobre. El ejemplar despegado, a la izquierda, se cotiza en unas 25.000 liras, siempre que esté en buen estado de conservación; el ejemplar pegado al sobre se paga a unas 160.000 liras.





Edizioni S.C.O.T.
Via Maria Vittoria 1.

T O R I N O .

Italie - Italie.

NO DESPEGAR LOS SELLOS

Cuando el matasellos tiene un aspecto algo insólito, conviene consultar a un experto antes de despegar los sellos; podría tratarse, como en este caso, de un sobre «primer día», es decir, matasellado en el día mismo de la emisión de los sellos. Es oportuno conservar el sobre íntegro.